

ponía su ropa casera en alarmante proximidad con las llamas, cambié la forma de su gorro; le persuadí de que debía cambiar la disposición de las luces é hice colocar constantemente cerca de él un gran vaso de agua. De esta suerte previne un riesgo que, de otro modo, le hubiera sido fatal sin duda.

V

LAMPE

Las impacientes salidas de tono que he descrito ya á propósito del café daban motivo á temer que, á medida que las enfermedades de Kant aumentasen, se acentuase en él un capricho general y una obstinación de humor. He aquí por qué, tanto por él como por mí, tomé por regla para mi futura conducta en su casa el que en ninguna ocasión dejaría intervenir el respeto que le tenía y le debía con la expresión más firme de lo que me pareciese ser una opinión justa en todo lo concerniente á su salud, y que en los casos de verdadera importancia no cedería en modo alguno á sus particulares caprichos y que insistiría, no sólo sobre mi punto de vista, sino sobre el ponerlo en práctica, y que si tropezara con alguna negativa abandonaría inmediatamente el cam-

po, á fin de eximirme de toda responsabilidad respecto de una persona en la que no hubiera podido ejercer influencia. Esta conducta me ganó la confianza de Kant, pues nada había que le repugnase tanto como todo lo que oliese á sicofantería ó á la concesión más tímida. A medida que su imbecilidad aumentaba, día por día se vió sujeto á ilusiones mentales, y particularmente cayó en no pocas ideas fantásticas acerca de la conducta de sus servidores, que algunas veces llegaba á tratar con acrimonia. En estas ocasiones yo guardaba generalmente un silencio profundo. Pero de cuando en cuando me pedía parecer, y no tenía escrúpulo en decir francamente entonces: «Señor profesor, creo que no tenéis razón.» «¿Creéis?» (me respondía con calma), y después me preguntaba las razones, que escuchaba con gran paciencia y candor. Demasiado evidente era que la más firme oposición, siempre que descansase sobre terreno y principios sostenibles, alcanzaba su estimación, y su nobleza de carácter no había cesado de llevarle á su desprecio habitual por una tímida y parcial concesión á sus opiniones en el momento mismo en que sus enfermedades le hacían tan ansiosamente desear esta concesión.

En otro tiempo Kant había estado poco acostumbrado á la contradicción; su soberana inteligencia, su conversación brillante, fundada en parte sobre la causticidad é idoneidad de espíritu que poseía, en parte sobre la prodigiosa erudición de que estaba dotado, el aire de noble confianza que la conciencia de sus ventajas imprimía á toda su manera de ser, el conocimiento general de la estricta pureza de su existencia, todo esto se unía para darle una posición de superioridad sobre los otros, que generalmente le preservaba de toda contradicción abierta. Y si á veces encontraba una oposición estrepitosa é intemperante, mezclada con pretensiones de talento, abandonaba de ordinario con calma una discusión inútil y daba á la conversación un gracioso giro que obtenía el favor general de la sociedad é imponía silencio, ó al menos cierta modestia, al más atrevido contradictor. Apenas cabía, pues, esperar que una persona tan poco familiarizada con la oposición sometiese diariamente sus deseos á los míos, ya que no sin discusión, al menos sin disgusto. Así era, sin embargo. Por largo que hubiera sido un hábito, si yo le encontraba objeción en razones de salud, casi siempre renunciaba á él, y tenía la excelente costumbre de, ó bien

adoptar resueltamente y sobre el campo su propio parecer, ó bien, si resolvía seguir el de su amigo, seguirlo sinceramente y no hacer de él un ensayo desleal por hacer un ensayo imperfecto. No había proyecto insignificante al que, una vez consentido en aceptar la sugestión de otro, no renunciase inmediatamente ó estropease por la intrusión de sus caprichos, y así, el período mismo de su decaimiento puso en evidencia tantos nuevos rasgos de nobleza y de candor en su carácter, que yo sentía acrecentarse de día en día mi afección y mi respeto hacia su persona.

Y puesto que ha hablado de sus domésticos, aprovecharé la ocasión para referir algunos detalles sobre su criado Lampe. Desgracia grande fué para Kant en su vejez y sus enfermedades que también este hombre se hiciese viejo y fuese atacado de una especie diferente de enfermedad. Ese Lampe había servido en otro tiempo en el ejército prusiano, y apenas licenciado había entrado al servicio de Kant, viviendo en esta situación cerca de cuarenta años, y aunque siempre pesado y estúpido, desde el principio se había hecho cargo de sus funciones con la conciencia suficiente. Pero en estos últimos tiempos, persuadido de que se

había hecho indispensable por su perfecto conocimiento de los arreglos domésticos y aprovechando la debilidad de su amo, había caído en grandes irregularidades y en incessantes negligencias. Kant se había visto obligado á amenazarle varias veces con despedirle. Yo, que sabía que Kant tenía un corazón excelente, pero una firme voluntad, preveía que una vez pronunciada la despedida sería irrevocable; porque la palabra de Kant era tan sagrada como el juramento de cualquier otro hombre. Había, pues, aprovechado todas las ocasiones para mostrar á Lampe la locura de su conducta, en lo que había hecho coro conmigo su mujer. Y era tiempo de reformar este estado de cosas, pues llegó á resultar peligroso abandonar á Kant, que sin cesar caía por debilidad, al cuidado de un viejo miserable, que caía también continuamente por borrachera. El hecho es que, en el momento en que me propuse gobernar los asuntos de Kant, Lampe comprendió que quedaba para siempre abolido su antiguo sistema de abuso de confianza desde el punto de vista pecuniario y de explotación de toda especie, basado en el estado de incapacidad de su amo. Esto le desesperó por completo, y cada día se condujo peor, hasta que una mañana de

Enero de 1802 Kant me dijo que, por humillante que esta declaración fuese, debía confesarme que Lampe acababa de tratarle de una manera que le avergonzaba repetir-me. Sentí demasiado asombro para pedirle detalles; pero el resultado fué que Kant insistió, con tanta moderación como firmeza, en que se despidiese á Lampe. Sin demora se tomó un nuevo doméstico llamado Kauffmann, y al día siguiente Lampe salió de la casa con una pensión vitalicia no despreciable.

Aquí debo mencionar una pequeña circunstancia que hace honor á la bondad de Kant. En su testamento, persuadido de que Lampe le serviría hasta su muerte, le había hecho una generosa donación; pero tras esta nueva disposición de una renta vitalicia, que debía ser pagada inmediatamente, creyó necesario revocar esta parte de su testamento, lo que hizo en un codicilo separado, que comenzaba así: «A consecuencia de la mala conducta de mi servidor Lampe, juzgo bueno, etc.» Pero bien pronto, pensando que un testimonio tan solemne y tan deliberado podría causar serios perjuicios á sus intereses, borró esas líneas y las tachó de tal manera que ninguna señal quedó de su justo disgusto. Y la dulzura de su natu-

raleza quedó satisfechísima por la conciencia de que, una vez rayada aquella frase, no había otra alguna en sus numerosos escritos publicados ó confidenciales que llevase la marca de la cólera ó pudiese dejar alguna razón para dudar que moría en perfecto estado de caridad con el universo. No obstante, cuando Lampe vino á pedir un certificado de buena conducta, Kant se vió perplejo. Su respeto por la verdad, respeto notorio, firme é inexorable, surgió en esta circunstancia impertérrito contra sus primeros movimientos de generosidad. Por un largo espacio permaneció indeciso, ansioso, con el certificado ante él, preguntándose cómo llenaría los blancos. Yo estaba allí; pero en tal asunto no me era lícito sugerir un consejo. Por fin tomó la pluma y llenó el blanco en los términos que siguen: «Me ha servido mucho tiempo y con fidelidad (en efecto, Kant no sabía que Lampe le había robado); pero no supo mostrar las cualidades que convenían al servicio de un hombre viejo y enfermo como yo.»

Terminada la medio trágica escena (que causó á Kant, tan ávido de paz y de tranquilidad, un efecto que hubiera querido evitar), decidióse que ninguna otra de este género sobreviniese en el resto de su existen-

cia. Kauffmann, el sucesor de Lampe, resultó ser un hombre honrado y respetable, que muy pronto concibió una gran afición á su amo. Desde entonces se transformó todo en el menaje de Kant. La ausencia de uno de los beligerantes restableció la paz entre sus domésticos, porque hasta entonces había habido guerra entre la cocinera y Lampe. Unas veces era Lampe quien invadía belicosamente el dominio culinario. Otras era la cocinera quien se vengaba de estos insultos ejecutando salidas contra Lampe en el terreno neutro de la antesala, y aun llegando á atacarle en su santuario de la repostería. Las querellas eran incesantes, y al menos fué una dicha para la paz del filósofo que hubiera comenzado á resentirse de sordera, lo que le permitió permanecer extraño á numerosas manifestaciones de horrible tumulto y de innoble violencia que enojaban á sus huéspedes y á sus amigos. Pero á partir de la marcha de Lampe todo esto cambió. Un profundo silencio reinaba en la repostería, en la cocina no resonaron más alarmas marciales, y no hubo tampoco emboscadas armadas en la antesala. Sin embargo, ya se comprenderá que para Kant, á la edad de setenta y ocho años, los cambios, aun los mejores, no eran agradables.

Tan intensa había sido la uniformidad de su vida y de sus costumbres, que la menor innovación en el arreglo de objetos tan poco importantes como un cortaplumas ó unas tijeras le fastidiaba, y no sólo cuando se les colocaba á dos ó tres pulgadas de su posición habitual, pero hasta cuando se les ponía un poco de través. En cuanto á los objetos mayores, tales como sillas, etc., todo cambio en su disposición habitual, todo traslado, toda adición á su número le lanzaban en una absoluta confusión, y su ojo miraba con inquietud el punto de la mutación, hasta que se restablecía el orden antiguo. Con tales costumbres, el lector puede concebir hasta qué punto debía ser enojoso para él, en este período en que sus facultades se debilitaban, adaptarse á un nuevo doméstico, á una nueva voz, á un nuevo paso, etc. No ignoraba yo esto, y la víspera del día en que entró á servir había inscrito, para el nuevo criado, en una hoja de papel, la rutina entera de la vida de Kant, hasta en los más puntuales y minuciosos detalles, de que él se hizo cargo con rapidez. Para asegurarme más aún le hice repetir el conjunto del ritual, observándole y dándole indicaciones en tanto que la maniobra cumplía. Me sentí, no obstante, inquieto ante la idea de que

quedase enteramente abandonado á su discreción el día en que hiciera su *début*, y me propuse como deber hallarme presente en tan interesante jornada; y en los casos poco numerosos en que el nuevo conscrito no había cumplido exactamente la maniobra, una mirada ó un signo le hacían corregirla fácilmente.

No existía más que una parte del ceremonial cotidiano en que ambos á dos estábamos perplejos, por ser la parte que ojo mortal alguno, excepto el de Lampe, había contemplado: me refiero al desayuno. A fin, sin embargo, de hacer todo lo que en nuestra mano estuviera, en la casa me personé á las cuatro de la mañana. Si no me es infiel la memoria, ocurrió esto el 1 de Febrero de 1802. A las cinco en punto Kant apareció, y nada podría igualar á su asombro cuando me encontró en la cámara. Apenas salido de la confusión del sueño, á un tiempo atontado por la vista de su nuevo doméstico, por la ausencia de Lampe y por mi presencia, con dificultad le pude hacer comprender el fin de mi visita. En la necesidad se desea al amigo, y en aquella hora fuerte suma de dinero hubiéramos dado al sabio tebanó que hubiera podido revelarnos el arreglo necesario del servicio de la mesa.

Pero esto era un misterio que no había sido revelado á otro que á Lampe. Al cabo, Kant mismo lo dispuso todo y, aparentemente, todo quedó establecido á satisfacción suya. Noté, sin embargo, en él cierto embarazo é incomodidad, por lo que le dije que, con su permiso, tomaría una taza de té y después fumaríamos juntos una pipa. Aceptó mi proposición con su cortesía usual, pero pareció incapaz de familiarizarse con la novedad de la situación. En este momento estaba sentado frente á él, y al fin acabó por decirme francamente, con el aire más tierno y más implorante, que se veía realmente forzado á rogarme me sentase en otro sitio donde no se dirigieran sus ojos: habiendo tomado la costumbre de sentarse solo para el desayuno durante mucho más de medio siglo, no podía abruptamente adaptar su espíritu á un cambio de esta naturaleza, y encontraba su pensamiento turbado en demasía. Hice como me lo rogaba. El criado se retiró á la cámara, puesto al alcance de la voz, y Kant recuperó su calma habitual. La misma escena se reprodujo exactamente cuando me presenté á la misma hora una hermosa mañana de Estío, algunos meses más tarde.

A partir de este momento todo pasó regu-

larmente, y si por acaso se cometía algún pequeño error, Kant mostraba mucha condescendencia y mucha indulgencia, y espontáneamente observaba que no podía exigir á su nuevo ayuda de cámara el conocimiento de todos sus hábitos y de todos sus caprichos. Hubo, no obstante, un punto sobre el cual el nuevo sirviente se adaptó al gusto de erudición de Kant de una manera de que Lampe había sido incapaz. Kant era sumamente delicado en materia de pronunciación, y Kauffmann tenía una gran facilidad para percibir el sonido de las palabras latinas, los títulos de los libros y los nombres ó profesiones de los amigos de Kant, cosa á la que Lampe, el más insoponible de los imbéciles, jamás pudo llegar. Particularmente los viejos amigos de Kant me han referido que en el espacio de treinta y ocho años, durante los cuales Kant tenía la costumbre de leer la *Gaceta* publicada por Hartung, Lampe se la llevaba el día del reparto profiriendo la misma é idéntica tontería: «Señor profesor, he aquí el periódico de *Hartmann*.» A lo que Kant replicaba: «¿Eh? ¿Qué es lo que decís? ¿El periódico de Hartmann? Os digo que no és Hartmann, sino Hartung; vamos, repetid conmigo: no Hartmann, sino Hartung.» Entonces

Lampe moroso se enderezaba, tomaba la postura rígida de un centinela en facción, y con el tono monótono con que en otros tiempos lanzara el grito de «¿Quién vive?», rugía: «No Hartmann, sino Hartung.» «¡Todavía!», gritaba Kant. Pero Lampe, impertérito, añadía: «No Hartmann, sino Hartung.» «¡Una vez más!», bramaba Kant. Y por tercera vez el desdichado Lampe aullaba con truculenta desesperación: «No Hartmann, sino Hartung.» Y esta ridícula escena de instrucción militar se repetía sin cesar el día de la publicación de la *Gaceta*. Convenientemente, dos veces por semana, el incorregible viejo chocho estaba sometido al mismo ejercicio, el cual era invariablemente seguido de la misma necedad la vez siguiente. De suerte que aquel pertinaz idiota repitió sin variación la misma imbecilidad ciento cuatro veces por año (dos veces por semana), multiplicadas por treinta y ocho, número de los años (*¡cuatro mil ciento ochenta veces!*). Durante más de la mitad de una vida normal humana, según los límites que le concede la Sagrada Escritura, aquel viejo asno, que no sería posible admirar bastante, había tropezado puntualmente en la misma piedra. Y con todo, á pesar de esta ventaja en su nuevo domésti-

co, que además tenía una superioridad general sobre su predecesor, la naturaleza de Kant era demasiado tierna, demasiado buena y demasiado indulgente con los defectos de todas las personas, excepto con los suyos propios, para que no echase de menos la voz y el viejo semblante familiar á que se había acostumbrado durante cuarenta años. Y yo encontré inscrito en su *carnet* un rasgo sorprendente del sentimiento que experimentó Kant por su holgazán é inútil servidor. Otras personas anotan aquello de que desean acordarse. Kant había anotado lo que quería olvidar: «*Memento* Febrero 1802: No hay que acordarse más del nombre de Lampe.»

VI

ENFERMEDAD ESTOMACAL

En la Primavera de este año de 1802, aconsejé á Kant que tomase el aire. Tiempo hacía que no había salido y era inútil inducirle á caminar; pero yo pensé que acaso el movimiento del carruaje y el aire podrían reanimarle algún tanto. Fiábame poco en el poder de los espectáculos y de los ruidos de la Primavera, porque tiempo hacía que nada le impresionaba. De todos los cambios que la Primavera produce uno sólo interesaba todavía á Kant, poniéndole lánguido é imprimiendo á su actitud una avidez y una intensidad de espera que era casi doloroso contemplar: la vuelta de un pájaro (ignoro si gorrión ó gilguero), que cantaba en su jardín y ante su ventana. Este pájaro, fuese el mismo ó su sucesor en la serie de las generaciones, había cantado durante años

en el mismo sitio, y Kant se inquietaba cuando en tiempo frío tardaba en desaparecer y en volver el pájaro. Como lord Bacon, tenía un amor infantil por los pájaros todos, y en particular se esforzaba en estimular á los gorriones á que formasen su nido debajo de las ventanas de su gabinete de trabajo. Cuando esto acontecía, y era frecuente, á causa del profundo silencio que reinaba en aquella habitación, gustaba su canto con la delicia y la ternura que otros ponen en un interés humano. Mas volviendo al punto de que hablaba, Kant mostró extrema repugnancia en principio á aceptar mi proposición de paseo. «No podría tenerme en el carruaje, y me fatigaría como un montón de trapos viejos.» Empero yo persistí, insistiendo con dulzura y prometiéndole que volveríamos en seguida, si encontraba el esfuerzo demasiado grande. Así, un día de comienzos de Verano, y en unión de un amigo suyo, le acompañé á una pequeña casa que tenía yo en la campiña. Cuando atravesamos las calles, Kant quedó encantado al descubrir que se podía tener derecho y soportar el movimiento del carruaje; y pareció experimentar un placer en ver las torres y otros monumentos públicos que años ha no había visto. Contentísimos llegamos al fin

de nuestro paseo. Kant tomó una taza de café é intentó fumar un poco. Después se sentó y escuchó jubiloso el trinar de los pájaros, que en gran número allí se habían reunido, distinguiendo á cada pájaro en su canto y designándole por su nombre. Pasada una media hora regresamos, gozoso Kant, pero evidentemente saciado del placer de la expedición.

En esta ocasión renuncié al proyecto de llevarle á un jardín público, á fin de no turbar su placer exponiéndole á la desagradable curiosidad de las miradas de la multitud. Súpose, sin embargo, en Koenisberg que Kant había salido, y como el carruaje atravesaba las calles, hubo un desfile de gente de todos los barrios en dirección á la en que su casa estaba. Cuando llegamos á ella la encontramos materialmente colmada por el pueblo. Y como nos aproximásemos lentamente á la puerta, la multitud se separó en dos mitades, dejando libre un camino por el que pasó Kant y su amigo y yo, dándole el brazo. Entre las fisonomías de muchas personas de rango y extranjeros distinguidos, reconocí la de algunos que veían entonces á Kant por la primera vez y un número mayor por la última.

A la proximidad del Invierno de 1802

á 1803 Kant se quejó más que nunca de una enfermedad del estómago que ningún médico había podido aliviar, ni aun explicar. El invierno lo pasó en continuo sufrimiento: estaba cansado de la vida y esperaba la hora de liar el petate. «No presto ya servicio al mundo (decía), y soy un fardo para mí mismo.» A menudo intentaba animarle por la promesa de expediciones que podríamos hacer juntos cuando volviese el Estío. Con esto contaba él tan seriamente, que había hecho de ello un plan ó clasificación regular: *a)* paseos; *b)* excursiones; *c)* viajes. Y nada podía igualar á la ávida impaciencia que experimentaba por la llegada de la Primavera y el Estío, no tanto por el placer particular de estas estaciones como por ser las de las salidas al campo. En su *carnet* inscribió esta nota: «Los tres meses de Verano son Junio, Julio y Agosto», lo que indicaba que eran los tres meses en que se viaja, y en la conversación expresaba la fuerza febril de sus votos tan ansiosa y lastimosamente, que todos experimentaban hacia él fuerte simpatía y lamentaban no tener algún medio mágico para acelerar el curso de las estaciones.

Durante este Invierno se encendió á menudo fuego en su dormitorio, donde él con-

servaba su pequeña colección de libros, unos cuatrocientos cincuenta volúmenes, especialmente de ejemplares de los autores que se los habían dedicado. Extrañará tal vez que Kant, que tanto había leído, no poseyese más vasta biblioteca; pero de ella tenía menos necesidad que otros sabios, porque en su juventud había sido bibliotecario de la biblioteca del castillo, y porque, después, la liberalidad de Hartknoch, su editor (que á su vez se había aprovechado de las generosas condiciones en que Kant le había cedido sus derechos de autor sobre sus obras), le había permitido leer todos los libros nuevos á medida que aparecían.

Hacia el fin de este Invierno, es decir, de 1803, Kant comenzó á quejarse de sueños desagradables, algunas veces muy terroríficos, que provocaban en él una gran agitación. A menudo melodías que había oído cantar en su primera juventud en las calles de Koenisberg resonaban dolorosamente en sus oídos, y menudeaban tan obstinadamente, que no había esfuerzo de distracción capaz de desvirtuarlas. Esto le producía insomnios hasta en horas avanzadas. Y en ocasiones, después que había conciliado el sueño tras una larga vigilia, era bruscamente interrumpido por horribles alucinaciones,

que le sumían en un extremo terror. Casi todas las noches el cordón que comunicaba con una campanilla colocada en el aposento encima del suyo, donde dormía su servidor, era agitado violentamente y con intensa precipitación y con prisa tal que alarmaba al doméstico, el cual llegaba siempre demasiado tarde y encontraba á su dueño levantado y dirigiéndose con espanto hacia otras partes de la casa. En semejantes ocasiones la debilidad de sus piernas le exponía á tan tremendas caídas, que al cabo, pero con infinita dificultad, le persuadí que hiciese acostar á su doméstico en la misma habitación que él.

El estado mórbido de su estómago que provocaba estos lamentables sueños se hizo cada vez más agudo, é intentó remedios variados que yo había condenado altamente, tales como algunas gotas de ron en un pedazo de azúcar, nafta, etc. Pero éstos no eran más que paliativos, porque su edad avanzada quitaba toda esperanza de cura radical (si bien para su particular dolencia, tal como la describen otros biógrafos, un cuarto de grano de opio cada ocho horas hubiera sido un remedio mejor, acaso el remedio perfecto). Sus sueños continuamente eran más y más espantables. Una sola esce-

na, un sólo episodio de sus sueños, habría bastado para componer un curso entero de poderosas tragedias, cuya impresión era tan profunda que se prolongaba muy lejos en sus horas de vigilia. Entre otros fantasmas aun más angustiosos é indescriptibles, esos sueños le representaban constantemente formas de asesinos que se aproximaban á su lecho, y estaba tan turbado por las tenebrosas procesiones de fantasmas que le asediaban, que en el primer azoramiento del sueño tomaba generalmente á su doméstico, que corría en su socorro, por un asesino. Durante el día, frecuentemente conversábamos sobre esas numerosas ilusiones, y Kant, con su acostumbrado talento y su desprecio estoico de las debilidades nerviosas de toda especie, se reía, y para fortificar su propia resolución de luchar contra ellas inscribió en su *carnet*: «No abandonarse á los pánicos de las tinieblas.» Sin embargo, por sugestión mía, dejó más tarde encender una luz en su cámara, colocada de manera que los rayos no viniesen á darle en el rostro. Al principio causó bastante enojo; pero poco á poco se acostumbró. El hecho mismo de que llegase á soportarlo fué para mí una prueba de la gran revolución que había producido la operación terrorífica de sus sue-

ños. Hasta entonces la obscuridad y el extremo silencio habían sido los dos pilares sobre los que su sueño reposara. Nadie podía aproximarse á su cama; y, en cuanto á la luz, un solo rayo de luna que hasta él llegase le trastornaba. De hecho, las ventanas de su dormitorio estaban cerradas noche y día; pero ahora la obscuridad era para él un terror y el silencio una opresión. Añadió, pues, á su lámpara un péndulo de repetición, que hizo colocar en su cámara. Al principio el ruido era muy fuerte; pero se supo arreglar el martillo, y desde entonces los *tíc tac* se le hicieron más familiares.

VII

IDIOTEZ DEFINITIVA

Hacia este tiempo, en la Primavera de 1803, su apetito comenzó á disminuir, lo que me pareció mala señal. Ciertas personas pretenden que Kant tenía costumbre de comer con exceso. Empero yo no puedo suscribir á esta opinión, porque no comía sino una vez diaria y no bebía cerveza. Hasta era enemigo muy determinado de esta bebida (me refiero á la cerveza negra fuerte). Si un hombre moría de muerte precoz, Kant decía: «Probablemente debía beber cerveza», ó si otro estaba indispuerto podía esperarse lo que preguntaba: «¿Pero bebe cerveza?» Y según la contestación, formulaba su pronóstico del enfermo. No cesaba, en suma, de mantener que la cerveza era un veneno lento. Sabido es que Voltaire respondió á un joven médico que acusaba al